

## EL NOMBRE '6 AMERICA '9

El Museo Naval dedica y va a dedicar máxima atención a la Cartografía, y en especial a la española de hecho y de origen.

Entre los cometidos más importantes ligados a esta empresa, figura el de reivindicación de numerosos nombres geográficos impropriamente establecidos.

A la cabeza de todos, por múltiples conceptos, está el de *América*.

Universalmente reconocido como la mayor de las injusticias históricas.

Pocas veces se registrará resistencia pasiva tan persistente y general como la de España a adoptarlo.

Propuesto en 1507, se vulgariza por Europa, sobre todo en la tercera decena del siglo XVI. Los mapas del «Apiano» de 1520 y del «Ptolomeo» (Pomponio Mela) de 1522, que lo traen, repetidos en numerosas ediciones, pasan a otras obras geográficas. A mediados y fines del siglo aparece adoptado por todos los grandes editores de mapas, holandeses y alemanes y muchos flamencos, que son, por entonces, los más importantes del mundo, como la Cartografía, la ciencia más a la moda: si bien es muy frecuente, y más en los flamencos, la alternativa *sive Mundus Novus* u otras.

Pues bien: España puede decirse que lo rechaza; por lo menos, no lo acepta, y oficialmente sigue llamándolo «Indias»; y las leyes, recopiladas varias veces, y con mayor solemnidad en 1681, continúan siendo «Leyes de Indias», el «Consejo Supremo de Indias» no usó de otro nombre, y hoy mismo seguimos llamando «Archivo de Indias» a nuestro incomparable depósito documental, y el pueblo, a los que vuelven de Ultramar a su madre patria, «indianos». Hasta el siglo XVIII no se adopta «América» en nuestros documentos.

Si resistimos, fue exclusivamente por rupugnarnos la injusticia que entrañaba. Américo Vespucio se naturalizó español en 1505, por cédula de 24 de abril, antes de que su nombre se aplicara por nadie a las nuevas regiones. Por tanto, «América» es el nombre de un español; español al servicio de España. Y, sin embargo, todos nuestros escritores e historiadores de nota, al citarlo, lo atacan. Ese ambiente unánime y prestigioso es el que da calor y solidez a nuestra protesta. Ni uno sólo lo adopta como usual hasta el XVIII. A lo sumo, el que no quiere combatirlo, aparenta ignorarlo y calla sistemáticamente sobre un hecho de todos sabido y usual en el resto de Europa. Allí se nombraba por «América». España dominaba buena parte de Europa: lo oía, lo conocía, pero cerraba los oídos tan olímpicamente como las flotas navegaban con las naves enemigas a tiro de cañón, sin dignarse ni ocuparse de ellas, mientras no atacaran.

Se buscaba una explicación plausible, sin hallarla. Debajo de la serena indignación de los escritores palpita la sorpresa; y como Vespucio fue nuestro Piloto Mayor desde 1508, y dirigía en Sevilla el trazado de las «marcas» (mapas), se le atribuye por muchos (taxativa o implícitamente haber sido él mismo quien puso en las cartas su nombre a las nuevas regiones. Hoy no se conocen mapas originales suyos, ni los oficiales de la época en que ocupó ese cargo. Tal vez los vieran o supieran que existían quienes por ello le condenan. Es muy posible, y no faltan vestigios de que haya habido algo de esto. Humbolt, falto de esa prueba, le descarga de la culpa directa; confirma, en cambio, la indirecta. Toda la investigación subsiguiente ratifica este último resultado. Yo, por varios indicios, he venido a concebir sospechas de que Vespucio aplicó su nombre, y tal vez lo pusiera en los mapas, pero tan sólo a una parte de la costa (probablemente brasileña). Con causa, si así fuera,

que facilitaría y aclararía mucho el desenvolvimiento ulterior.

Antes de exponer la versión actual citaré algún otro intento de aclarar el hecho: del último tercio del siglo pasado. Lambert de Saint-Bris sostiene que América es nombre geográfico *indígena*, muy extendido por el continente meridional. Según él, Ojeda y los otros descubridores sacaron de allí la denominación. La hipótesis no tiene el menor indicio de verosimilitud. Precisamente enorme profusión de libros y relaciones ponen todo su orgullo en especificar y registrar con todo detalle y minuciosidad los nombres y denominaciones indígenas. *Jamás* se cita semejante palabra. Es absurdo imaginar que tantos y tan ilustres y celosísimos investigadores contemporáneos o muy cercanos, desconozcan un hecho de tanto relieve, que además sólo por su medio o el oficial de nuestras autoridades podía difundirse!! En cambio, atacan!, y atacan sin excepción, a Vespucio. Cuantos explican el nombre lo derivan del Vespucio. Análogos motivos hacen desechar la segunda tesis, la de M. Marcon. Basado en que Thomas Belt, en su libro *The Naturalist in Nicaragua* (1873), cuenta haber encontrado, hacia el centro de la cordillera, un punto conocido con el nombre «Amerrisco», y agregando la afirmación de que Vespucio no se llamaba Amerigo, sino Alberico, deduce Marcon que «América» proviene de aquel «Amerrisco», que, según Julio Dacon (1888), es palabra de las lenguas chontales y mayas, y, traducido, significa «país de los vientos». Pero la cordillera en cuestión, lejos del litoral, no pudo influir sobre los primeros navegantes; mucho menos siendo nombre particular de un trozo sin relieve ni importancia alguna. Que Vespucio se llamaba Amerigo o Americo, está bien demostrado. En 1891 publicó Govi una carta suya original firmada «Amerigo». En el famoso mapa de Valseca, se lee al dorso, de su puño y letra: «Questa Ampia Pelle Di

Geographia Fu Pagata Da Amerigo Vespucci CXXX Ducati Di Oro Di Marco». Las publicaciones de sus viajes hechas en vida de Vespucio, le dan aquel nombre. Documentos oficiales, libros de cuentas contemporáneos, lo confirman sin excepción. Prueba positiva, innegable, sin asomo de duda, de que «América» proviene de Amerigo Vespuccio, la da lo que ahora se expondrá, y el unánime testimonio de *todos* los historiadores antiguos.

Por los años 1502 a 1504, Vespucio, a la sazón en Lisboa (sin que esté bien aclarado por qué, pero se estima que para manejos un tanto criticables; por cierto que vuelve a España en 1505, precisamente con una carta de recomendación de Cristóbal Colón a su hijo!), escribe unas célebres cartas en que relata sus *pretendidos* viajes y descubrimientos; y las hace llegar, en varios idiomas y fechas, a poderosas personalidades. Probablemente, las realzaba y prestaba autoridad acompañándolas de mapas o diseños, o eran éstos el motivo (?). Una de ellas, en latín (traducidas por Basin de Sandacour del francés—cuyo texto original no ha llegado a nosotros, aunqu sí otro texto italiano—), las envió Vespucio al duque René de Lorena, se ignora con qué objeto concreto (1). Pararon en manos de Martín Waltzmüller o Waldsee Müller, natural de Friburgo, profesor en el Instituto de Saint Dié (o Diey), en Lorena, muy perito

(1) Lud, en su *Speculum*, dice que las cartas al duque René fueron en francés. Como Hilacomilo las publica en latín, y nada observa, dándolas como originales, parece que están en lo cierto las otras fuentes de información que dicen se enviaron en latín. La versión más moderna supone que no existieron, y que Hilacomilo hizo traducir las italianas, inventando el envío directo en latín al duque René. Yo no creo aceptable esta versión. El duque vivía; se necesitaba autorización especial, y revisaban las obras antes de imprimirlas. El ducado era poco extenso, el autor tiene cargo oficial. No parece imposible una superchería de esa clase.

en cosmografía, que helenizó su nombre (a la moda del tiempo), en Hylacomylus, o Ilacomilo, con que ahora se le conoce. Tal vez porque creyera de buena fe cuanto de sí mismo afirma Vespucio en sus cartas dándose por el verdadero descubridor, Hilacomilo, en su, hoy día por esto, célebre obra *Cosmographiae introductio*, sacada a luz en 25 de abril de 1507, propone se dé el nombre de «América» a las nuevas tierras. Al fol. 15, verso, dice textualmente: «& alia quarta pars (del mundo) per Americû Vesputiû (vt in sequentibus audietur) inuenta est, qua non video cur quis iure vetet ab Americo inuentore sagacis ingenij viro Amerigen quasi Americi terrâ, sive «Americam» dicendâ: cû & Europa & Asia a mulieribus sua sortita sint nomina». No cabe ser más explícito.

En el título de la obra se añade: «Insuper quatuor Americi Vespucij nauigationes. Vniuersalij Chosmographiae descriptio tam in solido & plano eis etiam insertis que Ptholomeo ignota a nuperis reperta sunt».

Se suponía que al libro acompañaba el mapa correspondiente, por una carta de 12 de agosto de 1507, en que Benedito Trithenjus cuenta haber comprado, en Worms, un mapamundi últimamente impreso en Estraburgo, con las nuevas regiones, pero se duda. Hasta que en 1901 fue descubierto por el profesor José Fischer, en la biblioteca del príncipe de Waldburg, en Wolfegg (Alta Suabia), y lo editó, junto con Wieser (Innsbruck y Londres, 1903; Estraburgo, 1908), en facsímil, así como la carta marina de Waldseemüller, de 1516, encontrada en la misma ocasión, y que, por cierto, no lleva el nombre «América», de la de 1507.

En la orla del mapamundi de 1507 (son 12 grabados al boj, en folio), hay los bustos de dos grandes figuras científicas: Ptolomeo, y.... Vespucio!!

Citan muchos, que en 1509 aparece de nuevo el nom-

bre «América» en un globo de Grüniger, conservado en Hauslab; pero parece ser que es sólo el nombre el que se lee, no en un mapa, sino en un libro anónimo *Globus Mundi*, falsamente atribuido a Loritus Glareanus.

Fuera de esto, el primer mapa impreso en que se aplica, es la edición de «Apiano» de 1520, de la que pasa al Ptolomeo de Pomponio Mela de 1522 (Basilea), que es el que más contribuye a su difusión, pues sus mapas se copian (o tiran de la misma plancha) en numerosas ediciones del Ptolomeo. Así (y con la fecha de 1522) y lo he visto yo en la de 1525 de Estraburgo, y en las famosas de Lyon (1535 y otras, todas ellas extranjeras), dirigidas por Miguel Servet. El «Apiano» de 1520, el verdadero promulgador de la superchería, titula: «Tipvs orbis vniversalis iuxta Ptolomei cosmographi traditionem et Americi Vespucii aliorvmque lvstrationes a Petro Apiano Leynico elvcvbrat (vs) An. Do. M.DXX».

Desde entonces puede darse como definitivamente introducida la denominación. Así, por ejemplo, la edición popular del «Apiano», de Amberes, 1529, por Bollaert, trae una larga relación, bajo el epígrafe *INSULAE AMERICAЕ*, en los folios 51 vº y 52; y en el mapamundi con figuras giratorias de su folio XXXII se lee bien claro «America», nombre que repite siempre que viene al caso. Por cierto que es curioso que la defina como una de las partes del mundo, y, al mismo tiempo, la ponga como ejemplo de «isla». Lo indudable es que el nombre había arraigado.

¿Por qué? Es difícil dilucidarlo. Yo creo que por el poco acierto que tuvimos al escoger el nombre de «Indias» o «Indias Occidentales», y la consiguiente falta de convicción y fijeza con que lo empleamos, pues se prefieren con frecuencia los de «Nuevo Mundo», «Tierra firme» (generalizándolo, como yo presumo pudo ocurrir con el de «América», favorecido por las circunstancias....

y por la audaz habilidad de Vespucio), «Nueva España» (también generalizado a veces), etc.. o empleando los particulares de cada región; seguramente que por el desacierto inicial. Nuestros escritores insisten en la impropiedad de llamarlas «Indias», «India Nova», etc. Y como las razones que aportan son bastante firmes y convincentes, y no se propone otro nombre acertado, se va dejando que se acepte un nombre fijo, inconfundible, bien caracterizado, y con ello arraigar la injusticia propuesta por Hilacomilo.

Injusticia! En efecto: Santarem, después de revisar los ochenta y dos mil novecientos dos documentos del «Corpo chronológico» y los seis mil setenta y cinco del «Corpo das gavetas», y los archivos secretos portugueses, no ha encontrado rastro de las expediciones que pretende Vespucio haber emprendido por encargo del rey de Portugal. Y así concluye en una carta a nuestro Fernández de Navarrete: «On doit donc regarder comme très suspectes les prétentions de Vespuce, et ajouter peu de foi à tout ce qu'il dit dans ses lettres à Pedro Soderini....»

Herrera, a base de documentos españoles, de las tergiversaciones evidentes que descubre en las relaciones de sus viajes publicadas por Vespucio, y de las declaraciones juradas en el pleito promovido por el Almirante (el hijo de Colón) en 1508, en que, no sólo éste, sino el Fiscal Real, presentó por testigos nada menos que a Alonso de Ojeda y al mejor cartógrafo de aquellos tiempos, Andrés de Morales, y otros, todo ello viviendo Vespucio, quien para nada figura en el proceso de la primacía del descubrimiento (no contaba!!) no se cansa de repetir *la mala fe* con que procedió Américo, y viene a acusarle de haber sido él mismo quien puso en los mapas su nombre: «...y esto baste para que se tenga por cierto, que no porque Americo aya hecho las

marcas (mapas), se ha de tener por el primer descubridor de aquel nuevo mundo que dieron su nombre: Y (aun) quando en este viage (el de Américo) huuiera descubierta, a Alonso de Ojeda, natural de Cuenca, como Capitán, y a Juan de la Cosa, como Piloto, se deue la gloria....» (pág. 127). Todo ello confirmado por el ilustre Navarrete con abundantísima e irrefutable documentación, que, por muy conocida y extensa, no traigo aquí. Herrera, Navarrete y casi todos califican durísimamente la conducta de Vespucio.

El P. Las Casas, espíritu independiente, si los hay, en el manuscrito de la biblioteca Ternaux, dice: «...por lo que Americo escreuia para cobrar nombre y aplicar assí usurpando tácitamente el descubrimiento de la tierra firme....); o sea la misma tesis que luégo plantea Humbolt. Pero la corriente general era la de cargarle a él la culpa directa.

Aun los que en el extranjero aceptan el nombre, cuando saben algo de la historia de los descubrimientos (extraordinariamente tendenciosa en las colecciones extranjeras de viajes), protestan. Son rarísimos los que, con conocimiento de causa, defienden se mantenga la denominación; tal vez no pasen de dos (Baldini y el Padre Canoval). Los otros que hay son repetidores. El más original, Baldini (Florencia, 1745). Su crítica es bien endeble y llena de prejuicios. No resiste el más ligero examen. Lo más interesante, su Capítulo 6.º, cuyo epígrafe es: «Si fa vedere, che *Amerigo* e stato il vero scopritore del nuovo Mondo». Lo apoya, aceptando como el evangelio cuanto Vespucio cuenta en sus cartas, y con dos argumentos fundamentales: «ché como avverte Francesco Giuntini, il Colombo non si dilungò mai dalla sua Spagnola, Cuba, Giamaica, e da quell'altre adiacenti al Golfo Messicano, senza toccare la terra ferma, che che altri in contrario ne dicano»; y que, si bien es cierto

que Vespucio en la expedición de Ojeda (la fundamental!), no iba de jefe, la gloria debe ser suya, como más científico y por guiar el barco de Ojeda: «Como mai dico io Ovieda (Ojeda) meritava di dare il nome a quel nuovo mondo? Avvegna chè, bènchè egli fosse il Navarco, pure rimaneva di gran lunga al Vespucci inferiore nella scienza Astronomica, e Nautica, e nelle osservazioni, e nelle notizie, per mezzo quali la Nave d'Ovieda ritrovò quel vasto paese». Los otros argumentos son aún más ligeros. Bien sabido es que Colón descubrió el Continente en su tercer viaje (1497); por tanto, cualquiera que sea el valor que quiera atribuirse a este descubrimiento (que en mérito no cabe compararlo al de la primera expedición), toca a Colón por entero. Y aun suponiendo hubiera sido la expedición de Ojeda la primera al Continente, ya Herrera advierte que sería Ojeda o Juan de la Cosa, su Piloto, el descubridor, nunca Américo, que iba como *mercader*!! Al contestar Bandini a esto, acabamos de observar que omite que *el Piloto* de la expedición era Juan de la Cosa y no Vespucio! Así es que el segundo motivo es tan fútil y falso como el primero.

Lo más curioso es el último párrafo del capítulo en que apostrofa al mundo entero si consintiera una injusticia de ese calibre. Y de allí saca el peregrino, decisivo argumento de que, pues el mundo entero acepta, el nombre no puede menos de estar justificado. «Di più sarebbe il dare d'ingiusto al Mondo tutto, il quale è concorso unitamente contanti Letterati famosi, e con i nemici medesimi del Vespucci fin da quei tempi a chiamar quella terra America, lo che non averebbe mai fatto, se avesse previsto, che se la fosse meritata più il Colombo, che Amerigo». Y tiene razón. Es una vergüenza para el mundo entero seguir tolerando esta injusticia.

«América» debe borrarse!!; tal es la deducción in-

apelable de los hechos. En eso no cabe duda. Pero ¿qué nombre se pone? Los documentos impresos, creo yo, son los que mejor recogen el sentir general. Fuera del de Hilacomilo, los primeros mapas impresos de las nuevas regiones que hoy se conocen, son los de Ptolomeo de Roma, de 8 septiembre de 1707, «a Marco Beneuentano Monacho Caelestinorum». El segundo de sus mapas se titula «Vniversalilor cogniti orbis tabvla ex recentibvs confecta observationibvs». Trae las Antillas; y abajo de las islas, parte del continente con dos grandes rótulos: «Terra sancte Crucis», y después de un párrafo en letra menor en que habla de varias curiosidades de aquellos países, agrega en titulares: «sive Mvndvs Novvs». En una cartela se lee: «Hvcvsque navte hispani vèrvnt et hanc erram propter eivs magnitvdinem *mvndvm novvm* appellarvnt....» El Ptolomeo de Ruysch de 1508 (que es el citado por todos los autores; el de 1507 no lo he visto yo citado) le llama también «Terra Sanctæ Crvcis» y agrega «Haec regio a plerisque alter terrarum orbis existimatur»; y pone también: «sive Mvndvs Novvs».

En las «Notas» recojo otras varias citas interesantes. Aquí sólo una más.

Fray Pedro Simón (Cuenca, 1626) trata por extenso de este tema. Según él, tres nombres se pusieron: «Nuevo Mundo»; «llamáronlo así de común consentimiento de todos». El segundo, «Indias Occidentales», al que, como todos, él también pone reparos. El tercero, «América», «puesto sin fundamento por Americo Bepucio»; y después de protestar larga y enérgicamente de esta denominación, termina: «y no se quede cô el nôbre de America»!!

Indiferentemente se llamaba también «Nuevo Orbe» u Orbe Nuevo. Raro es el cartógrafo que en una u otra de las dos formas no la ponga, a lo menos, como alternativa, o en el texto. Las mismas ediciones del Vespucio, desde el comienzo, ponen «Nouo Môdo»,

Así es, que «Nuevo Mundo» o «Nuevo Orbe», a veces ambas a la vez, es la denominación más antigua y usual. En las «Notas» pongo varios ejemplos.

Pero hay numerosísimas propuestas de otros nombres. Recojo aquí las más salientes y curiosas.

El oficial era el de «Indias». Fuera de esto, el de «Tierra Firme» (del mar Océano), dado también por Colón, era muy usado. Pero al poco tiempo se convierte en particular de una comarca. Lo mismo ocurre luego con «Nueva España».

Mercator, en 1541, pone en su mapamundi: «América» a multis hodie *Nova India* dicta».

El no menos célebre Hondius, pone: «América sive India Nova», pero casi siempre habla de «Orbe Novo», o, en sus ediciones en español, «Orbe Nuevo». Algunos le llamaban «India Mayor».

Otro de los grandes cartógrafos, Abraham Ortelio, cuenta se llamaba «India Occidental» o «Hispánica», para distinguirla de la «Oriental» o «Lusitánica».

Y hace una curiosa propuesta. Hombre, sin duda, conciliador, después de reconocer la injusticia de llamarla «América», dice: «Ego amborum verae gloriae consultum malim: & huius partem Borealem «Colvmbanam» australem autê «Americam» vocari». Al combatir se les llame «Indias», por impropio, añade podría spellidárseles «Amazoniam» vel «Orellanam». si, como a la verdadera India, se quisiera darle nombre por algún río extraordinario.

Entre los varios que desean se le llame por Colón, el ilustre Solórzano, que en su célebre *De Indiarum Jure* (1629), trata extensísimamente y con una erudición tal vez excesiva, el tema del nombre, casi coincide con Ortelio: llamándole, *contra toda justicia*, «América», debiendo decirse antes «Colonia» o «Columbania», de su verdadero i famoso investigador». Entre otros nombres, cita el que los franceses se empeñaban en llamarla «Francia

Antártica». (Véanse en las «Notas» autores italianos que asimismo sostienen este nombre). Porcacchi, uno de ellos, dice que también la llamaban «*Indie Americhe*, o uero Occidétali».

El mismo Solórzano y Camilo Borrelío proponen se llame «Novum Orben Carolinum». en obsequio al Emperador.

En varios mapas originales y en alguno impreso, he visto: «Terra Papagallí», si bien parece denominación particular del Brasil.

Harrisse recápitula el tema, apuntando que a no ser por el folletito de Waldseemüller, pudiera haberse llamado: «Atlántida», «Tierra de Santa Cruz», «Ibérica», «Columbia», «Nueva India», o «Las Indias»,

Nombres indígenas que pudieran tenerse en cuenta: Los de Cuba y La Española llamaban «Babeque» a la Tierra Firme.

Los de Nueva España, «Anahuac» a su región.

De todo esto se deduce que los dos sinónimos «Nuevo Mundo» o «Nuevo Orbe» son los más autorizados y antiguos y los más extendidos. También en latín y en otros idiomas resultan muy aceptables («New World»).

«Nuevo Orbe» permite la sincopación: «Nuevorbe». o si se prefiere, «Novorbe», que cuenta el mismo número de letras que «América».

Si se quiere honrar a Colón, «Columbia» o «Columbania», parecen denominaciones pertinentes.

Concluyo estos apuntes con las palabras que en 1526 stampa el P. Simón en sus «Noticias Historiales».

«3. Que al Real y Supremo Consejo de las Indias (esto es, «a España») pertenece poner medio para que a estas Indias «se le quite este nombre de América», y se le ponga «otro» a propósito.

GERVASIO DE ARTIÑANO

Vocal del Real Patronato del Museo Naval.